

*
* *

MACEDONIO FERNÁNDEZ, *Una novela que comienza*.—Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1943. 196 pp.

Macedonio Fernández tiene para las letras americanas el significado de un humorista trascendental. A él cuadra cumplidamente la palabra antiquísima y alentadora de guía. Su labor novelística, ondulante y restringida, la gobierna con extraordinaria plasticidad. Al igual que sus anteriores, su último libro: *Una novela que comienza*, en lo superficial es un mosaico, pero en lo profundo es una unidad cuyas partes se trascienden. En su cuerpo se han acoplado relatos, fragmentos y poemas. Todos ellos son anticipaciones, cortes en una obra que crece y no concluye. Su característica es la densidad, el desanudamiento problematista y la voluntad de síntesis. La estructura se la otorga un estilo llano, casi coloquial, con apartes anti-gravitatorios y anti-eruditos. Una aparente ligereza encubre el fluir de una poderosa corriente espiritual. De ahí que lo en apariencia fragmentario sea en lo profundo un rico veneno de reflexiones, una sustancia coherente, mediante cuyo empleo se procura la unión metafísica; el hermanamiento místico de pensamiento, acto y sentido.

Difícil es la lectura de Macedonio Fernández. Hay que rumiarlo larga y gravemente para comenzar a comprenderlo. La hondura hay que indagarla a través de la taracea humorística. Su ser metafísico lo educa espartanamente en la disciplina de la pobreza. Nada en él es ostensible. La forma es pétreo, y en sus contornos duros, el análisis rigorista y la meditación apasionada se someten a un obstinado refrenarse, a fin de que en la obra se exprese por modo sorpresivo al ser íntimo y sustancial de cada cosa.

En la elevación fantástica de las ocho partes de *Una novela que comienza*, se alcanza la soledad voluntariamente elegida. Ahí donde solamente los osados siguen a Macedonio Fernández, en ese recinto sacro de su madurez definitiva, si nos pusiéramos a desmontar los ingredientes de su novela, hallaríamos que circulan por un triple cauce: el del teórico que indaga, el del humorista que disimula la trascendencia bajo una actitud de sorpresa y el del poeta que persigue las entrañables relaciones que flotan invisibles entre las cosas. Los campos no se presentan deslindados, sino trascendidos. La voluntad creadora de su espíritu quiere explicar en condensaciones de novela, en cuentos esquemáticos y en poema de inusitada riqueza conceptual, lo negado hasta ahora a la palabra.

A lo que Macedonio Fernández tiende es a apresar el puro concepto, la metáfora esencial de lo invisible. En "Tantalís" —acaso lo más denso de *Una novela que comienza*— se nota la intención fantástica. Dentro de su mundo metafísico, de ese mundo que niega el automatismo vital, lo fantástico no está en los hechos, sino en el razonamiento. Para ascender

a semejante extremo, el lenguaje se inclina hasta regiones abisales, hasta sentidos etimológicos en los que el matiz adquiere estatura de valor.

Los valores que pone a circular, las correspondencias que suscita, los medios que Macedonio Fernández mueve, no son testimoniales, sino que impelen a concordancias nuevas, a una remoción íntima de quien lee. Más que un coloquio con los vivos, emprende una conversación con el más allá, con su destino, con su propia persona, munida de grave paso y que recién madura transitando —abierto el ojo y exigente el sueño— desde la obscuridad del trasmundo a las zonas luminosas del creador.

El espíritu que llama poderosamente al individuo y superpoderosamente al artista a remover intensamente su labor y a que contribuya a configurarla en lo invisible; el espíritu, siempre orientado en el sentido de lo futuro, opera en Macedonio Fernández por conmociones del ser concienzudo, y esas conmociones que informan la conquista suprema de su arte, dominantes y celosas, le obligan a convertir las incitaciones estéticas y las calidades humorísticas, en aspectos diversos y complementarios de una pasión: la del hombre sufriente, salido en busca de la verdad en la vida.

Por grandes que sean las calidades del metafísico argentino, debemos agradecerle —entre otros muchos sentidos— el que, puesto en la ruta del humorismo, le haya vuelto la espalda al de índole realista, quedándose con el de índole conceptual. No es Macedonio Fernández en *Una novela que comienza*, ni en ningún otro de sus libros, un humorista agrio e iracundo, sino un suscitador de dicha y dignificación humana. Su idioma es conceptista y barroco, y su configuración, la de un hombre en perpetua disconformidad. Macedonio Fernández es, pues, un espíritu que choca con el medio, al que trasciende mediante un adentrarse en sí mismo emparejando sueños y descansando de su duelo cotidiano mediante la afirmación simbólica de un padecer vivido en plenitud.

*

* *

JUAN FILLOY, *Finesse*.—Río Cuarto, Argentina, Edición privada, 1943. 172 pp.

Sospecho que el crédito de Juan Filloy está llamado a crecer. Filloy es un gran artífice de la prosa y un poeta de naturaleza introvertida.

Observaréis que se presenta a la vida literaria con sus "Cuadernos" voluminosos, en los que el tránsito de novela, poesía y glosa de viajero, se efectúa en órbita estrecha, en ediciones privadas, con destino a ir en busca de escogidos lectores. No le atrae el gran público, sino la minoría selecta: los *gourmand* de la buena mesa intelectual. Y a pesar de las trabas que él mismo coloca a su difusión, año con año su nombre afirmase como uno de los valores de la nueva Argentina.

En las obras de Filloy —especialísimamente en *Finesse*— dos cosas hay dignas de encomio: la calidad y el carácter. En gracia a su maestría